

gunos días después, el grueso de la división abandonó Florencia. Entonces habían comenzado las etapas al través de la Italia central, etapas penosas no tanto por lo largo del camino como por el embarazo de las columnas y los ardientes calores de la estación. Los redactores de los diarios de marcha consignan en ellos, á falta de cosas más interesantes, los incidentes del camino; hacen mención de una tempestad espantosa que engrosó todas las corrientes de agua y después de la cual sintiéronse calores extraordinarios; describen el país, «pobre, pero con excelentes carreteras;» anotan los recuerdos históricos, y en Fornúa no dejan de recordar que aquel lugar fué célebre en tiempo de Carlos VIII. El 26 de junio fué día de gran regocijo, pues en tal fecha entraron en Parma, pasando por debajo de los arcos de triunfo levantados en celebración de la victoria de Solferino; y el 28 y el 29 pasaron el Po, no sin algunas dificultades, pero siempre con el mismo pacífico aparato. Así había terminado aquella marcha con más mal humor que entusiasmo: soldados y oficiales murmuraban en voz baja de sus fatigas sin gloria, siendo el más descontento de todos el príncipe Napoleón, quien se desataba en violentos denuetos contra la inercia de los toscanos; más hombre de ingenio que militar, echaba de menos sus comodidades que aquella expedición á pleno sol había venido á perturbar, hasta que, no pudiendo ya resistir más, acabó por abandonar á sus tropas y adelantarse á ellas. «Monseñor habrá encontrado que hacía demasiado sol,» escribía irreverentemente el general Ducrot.

La llegada del quinto cuerpo que, contando con la división toscana, constaba de más de 25.000 hombres, completaba nuestra concentración, y todo parecía dispuesto para que prosiguiese la guerra en gran escala. De Francia acababa de salir una nueva división, la Huges, que se dirigía á Milán; en Génova se equipaba una legión húngara; el general piemontés Cialdini maniobraba en las montañas y Garibaldi se presentaba en Tirano.

Apresurábase el envío del parque de sitio destinado á las operaciones contra el cuadrilátero, y el 3 de julio llegaban á Pozzolengo las primeras piezas, al mismo tiempo que el ferrocarril llevaba hasta Desenzano, á orillas del lago de Guardia, lanchas cañoneras desmontadas que habían de concurrir á los ataques de Peschiera y que, montadas ya, no sin grandes trabajos, iban á ser lanzadas al agua de un momento á otro. El Austria, acosada por todos lados por tierra, no estaba menos amenazada en sus costas: una escuadra á las órdenes del vicealmirante Román Desfossés había penetrado en el Adriático y ocupado el día 3 de julio, sin disparar un tiro, la isla de Losini. A la disposición del almirante habíase puesto un cuerpo de desembarco, compuesto de las mejores tropas, y con esto y con los demás refuerzos que se enviarían nadie dudaba de que Venecia, ante una demostración tan vigorosa, caería muy pronto en nuestras manos.

Estas noticias, propagadas en el ejército, hacían presagiar una próxima acción, que se creyó inminente cuando, en 6 de julio, una orden del cuartel general dispuso para el día siguiente un inusitado aparato de fuerzas; el mariscal Canrobert, teniendo de reserva la guardia, había de apoyar su derecha en Valeggio y su

izquierda en Venturelli; el mariscal Mac Mahón había de cubrir las colinas que se alzaban delante de Santa Lucía; Niel había de situarse delante de Oliosi; Baraguey de Hilliers había de extenderse alrededor de Castelnovo, y el príncipe Napoleón, á retaguardia de Baraguey de Hilliers, había de colocar sus divisiones en las inmediaciones de la carretera real, dispuesto á acudir á la derecha ó á la izquierda, según fuese necesario. Minuciosas disposiciones determinaban los ulteriores movimientos, ajustados á los que se suponía que había de efectuar el enemigo; todo estaba previsto y con abundancia de detalles asombrosa: los soldados llevarían sus mochilas, pero sólo con cartuchos y galleta, llenarían sus cantimploras con agua mezclada con aguardiente, dejarían sus capotes en el campamento y evitarían los tiros inútiles. Nunca el emperador había dado disposiciones tan precisas; decididamente le agradaba su papel de general y no pensaba en renunciar á él.

El 7 de julio, al despuntar el día, todas las tropas tomaron las armas y ocuparon sus posiciones de combate; pero transcurrieron las horas sin que se presentara el enemigo, y el sol estaba ya muy alto en el horizonte cuando se recibió la orden de regresar á los acantonamientos. Los soldados volvieron á ellos de muy mal humor, fatigados de aquella espera inútil, pero, por otra parte, contentos de encontrar en el vivaque alimento, descanso y sobre todo un poco de sombra. Algo más habían de encontrar allí, sin embargo: el emperador desenvolvía su política como un autor experto desarrolla una novela de folletín, y no le disgustaba interrumpir la acción en el momento más dramático. A la una circuló por los campamentos una noticia inaudita, extraordinaria: el telégrafo de campaña acababa de transmitir á todos los comandantes de ejército un despacho del emperador concebido en los siguientes términos: «Hay armisticio entre el emperador de Austria y yo.»

X

Por imprevisto que fuera aquel golpe teatral, no es difícil desentrañar á qué influencias obedeció al darlo el emperador.

Ya hemos visto sus primeras preocupaciones en Milán; en aquella ciudad estaba todavía cuando los austriacos comenzaron á evacuar toda la orilla derecha del Po, hecho que trajo consigo la caída de todos los tronos ya quebrantados: la duquesa de Parma primero y el duque de Módena después habían abandonado sus Estados, y al mismo tiempo habíase extendido la revolución por las Romañas. Poco después se supo que el Piamonte, sin anexionarse todavía las provincias sublevadas, había enviado allí, como antes enviara á Toscana, comisarios investidos de una dictadura provisional que se ejercía en nombre del rey. Decididamente Víctor Manuel se emancipaba y á su lado Cavour iba adquiriendo una importancia que ningún súbdito debe tener. Con el doble objeto de calmar al público y de refrenar la codicia piemontesa, publicóse en el *Monitor* una nota en la que se decía: «Crean algunos que el Piamonte va á reunir toda la Italia en un solo Estado; tales conjeturas carecen de todo fundamento. Las poblaciones libertadas ó abandonadas quieren hacer causa común contra el Austria, pero las dictaduras no son más

que un poder temporal (1).» Así dogmatizaba el órgano oficial, mas por desgracia la inquietud se revelaba por la misma insistencia en tranquilizarse y en tranquilizar á los demás.

El emperador había encontrado en cada etapa de su camino, desde Milán al Chiesa, los mismos motivos que determinaban sus preocupaciones; al final de aquella marcha había topado con las colinas de Solferino, y en aquella jornada se portó admirablemente, exponiéndose más de lo que á un jefe de Estado corresponde, porque lo cierto es que era tan valiente como bueno. Y esta misma bondad, que le honraba, hízole más dolorosa la victoria: reproducíase allí el espectáculo de Magenta en un campo más vasto y más espantoso, y el éxito, cualquiera que fuese, obligaba á nuevos triunfos. Enfrente estaba el cuadrilátero fortificado por la naturaleza y por los hombres y además defendido por un ejército poderoso y, aunque vencido, no desorganizado; para aquella guerra en grande habríase necesitado al primer Bonaparte, cuyo recuerdo revivía en aquellos lugares; pero Napoleón, ocioso es decirlo, no tenía la juventud, ni la actividad, ni el golpe de vista militar de aquél, y sobre todo carecía de aquella impasibilidad cruel que es el signo distintivo de los verdaderos conquistadores.

Los sentimientos de Alemania eran otro motivo de apremiante preocupación, pues cuanto más avanzábamos en Italia, tanto más aparentaban alarmarse los Estados de la Confederación germánica. Prusia, contenta de las derrotas de los austriacos, pero inquieta por las victorias francesas, vacilaba entre sus celos satisfechos y su miedo, que comenzaba á despertarse; vencería el miedo, ó quebrantaría la resolución la esperanza de algún importante provecho? En París, el general Randon, encargado como ministro de la Guerra de la defensa general del territorio, estaba cada día más asustado de una lucha que hubiera de sostenerse á la vez en dos partes, y ante este temor titubeaba en debilitar las guarniciones del Este, en dejar indefenso el interior, en desprenderse de sus mejores oficiales: «No quiero privarme de mis mejores elementos,» respondía al mayor general cuando las peticiones de éste se hacían demasiado apremiantes. «Y sin embargo, replicaba Vaillant con cierto mal humor, es necesario reemplazar á los muertos y á los heridos.» La correspondencia entre ambos generales, que, dicho sea de paso, era muy escasa, limitábase ordinariamente á este diálogo, y al final cada uno cedía algo y se llegaba á una transacción, lo cual era la mejor manera de no contar con bastantes fuerzas, en caso de necesidad, sobre el Rhin ni sobre el Po.

A todo esto, recibió el emperador noticias particularmente graves: desde el 23 de junio, los partes médicos venían señalando un considerable aumento en el número de enfermos, sobre todo entre los soldados bisoños que llegaban de los depósitos; y desde la jornada de Solferino el cansancio, el calor y á menudo también lo tardío de los cuidados habían determinado entre los heridos muchos accidentes purulentos. En los días siguientes, á consecuencia de los insomnias, de las malas condiciones de los vivaques y de una alimentación irregular, multiplicáronse los casos de diarrea y de fiebres

intermitentes ó palúdicas, hasta el punto de causar verdadera inquietud. El día 2 de julio, el barón Larrey, cirujano mayor del ejército, escribía á los médicos que tenía á sus órdenes: «Ofrecerá graves inconvenientes el calificar ciertas complicaciones morbosas con sus verdaderos nombres, por ejemplo *el del tífus*; por esta razón os ruego, así como á vuestros colegas de Milán, que procedáis con la mayor reserva en la calificación de las enfermedades graves.» Los médicos, cumpliendo la indicación del doctor Larrey, se guardaron de pronunciar ó escribir los nombres prohibidos. Pero lo que el



El general Cialdini

público no supo hasta más adelante, sípolo sin duda el emperador inmediatamente: á principios de julio había en los hospitales ó enfermerías 25.000 enfermos (2); y aunque las ambulancias austriacas contenían un número mucho mayor de éstos (3), el consuelo resultaba mediocre, sobre todo para el alma humanitaria del emperador.

Bajo estas influencias diversas habíanse manifestado los primeros síntomas de una voluntad que no pedía otra cosa que dejarse conmovir. Habiendo sido conducidos á Génova muchísimos prisioneros, Napoleón III en persona ordenó inmediatamente que se les atendiera y hasta que se hicieran anticipos á los oficiales que lo necesitaran; y después de Solferino, los heridos enemigos fueron cuidados con gran solicitud y se adoptaron las medidas convenientes para que sus familias tuviesen noticias de su estado y para que llegaran á su destino los recuerdos piadosos ó los legados de los muertos. Un mensajero de Francisco José que había ido á reclamar el cadáver del príncipe Windischgraetz, fué acogido con extremada benevolencia por el emperador, quien le suplicó que diera á su soberano las gracias por el buen trato que dispensaba á los cautivos

(2) Chenu, *Statistique médico-chirurgicale*, tomo II, pág. 877.

(3) Véase *Campagne d'Italie*, por la división histórica del Estado mayor de Prusia, págs. 134-135.

(1) *Monitor* del 24 de junio.

franceses. Dos médicos austriacos prisioneros que habían cuidado á nuestros enfermos al mismo tiempo que á sus compatriotas, fueron puestos en libertad con toda clase de consideraciones, después que el mayor general en una carta hizo constar expresamente «su habilidad y su abnegación (1).» ¿Cómo interpretar esas reiteradas manifestaciones? ¿Eran hijas de un sentimiento humanitario ó simples muestras de cortesía? ¿No encerraban acaso una vaga esperanza de reconciliación?

De momento, aquellos indicios, confundidos entre otros indicios contrarios, pasaron casi inadvertidos; sin embargo, en medio de esas circunstancias preñadas de obscuridades, el representante de una potencia de segundo orden, el embajador de Nápoles en París, tuvo el mérito asaz raro de predecir el desenlace próximo y hasta de trazar con una precisión casi matemática el plan de futuras negociaciones. Este diplomático escribía en 19 de junio: «Se trata de terminarlo todo en Verona;» y en 1.º de julio añadía: «El momento oportuno será aquel en que el Austria, después de pérdida la Lombardia, estará en vías de perder también Venecia. Las condiciones de paz serán las siguientes: la Lombardia y los ducados al Piamonte; Venecia bajo el gobierno de un archiduque austriaco; y la Toscana independiente (2).» Cavour, aunque siempre alerta, no sospechó, al parecer, la gran sorpresa; pues si bien temía á sus enemigos de París, el Sr. Walewski y el mariscal Randón, «apoyados, según él decía, por lord Cowley y el señor Kisselef (3),» y además había observado un acceso bastante fuerte de mal humor en el Sr. Stakelberg, ministro de Rusia en Turín, nada de esto le había alarmado, y aludiendo al estado de salud del diplomático moscovita, había dicho desdeñosamente: «Es su enfermedad del hígado (4).» Una cosa acabó de tranquilizarle por completo, y fué que Kossuth había sido recientemente recibido por el emperador: ¿habría éste concedido audiencia al gran agitador húngaro si no hubiese querido proseguir la guerra hasta el final (5)? Por aquel mismo tiempo el ministro sardo, seguro por completo del porvenir, confió al Sr. La Farina una misión cerca de las provincias vénetas, agregándolo al ejército.

Inglaterra se había mostrado, antes de la guerra, mediadora infatigable; era natural, por consiguiente, que á ella se hiciera la primera confidencia de las ideas de paz, aunque ya no se encontraría en el *Foreign Office* el espíritu de moderación que había inspirado los esfuerzos del anterior invierno, porque el ministerio tory de lord Derby y de lord Malmesbury había sido derribado en 10 de junio por una votación parlamentaria y reemplazado por un ministerio whig, cuyo presidente era lord Palmerston y en el que desempeñaba la cartera de Negocios extranjeros lord Juan Rusell. Los amigos de Italia habían acogido este cambio con entusiasmo, y en el momento en que se proclamaba la votación de los Comunes, habíase visto en los pasillos, según se

(1) Carta del mariscal Vaillant, 3 de julio (*Archivos del ministerio de la Guerra*).

(2) Despachos del marqués Antonini, 19 de junio, 1.º de julio (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 139-140).

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, páginas 406-408.

(4) Idem, tomo III, pág. 102.

(5) Idem, tomo III, pág. 106. — Véase también Kossuth, *Souvenirs et écrits de mon exil*, pág. 291.

decía, al marqués Manuel de Azeglio arrojar al aire su sombrero y lanzar verdaderas vociferaciones de alegría. «Nunca se habría podido pensar, exclamaba desdeñosamente lord Malmesbury, que un embajador, aun siendo italiano, se entregase á tales extravagancias (6).» El porvenir había de demostrar cuán justificada era aquella alegría. Habiendo sido recibido el marqués de Azeglio por lord Palmerston y habiéndole expuesto el plan de un reino de la Italia septentrional que comprendería la Lombardia, Venecia, las Romañas y los ducados, el estadista británico no formuló ninguna objeción y se contentó con replicar sonriendo: «La única cuestión es saber si Francia querrá constituir en su flanco una segunda Prusia (7).» Aquel lenguaje indicaba que si hasta entonces había sido preciso guardarse de las predilecciones austriacas de los torys, en lo sucesivo sería menester precaverse contra tendencias enteramente opuestas. El emperador, sin embargo, ignoraba aún que el cambio fuera tan brusco y tan completo, y en esta ignorancia encargó á su embajador, el Sr. de Persigny, que sometiera al gabinete británico un proyecto de arreglo que se resumía en dos puntos capitales: cesión de la Lombardia al Piamonte, y creación, en provecho de un archiduque, de un reino aparte que comprendiera Venecia y el ducado de Mónaco. El Sr. de Persigny debía presentar la combinación como si hubiese emanado de su propia iniciativa, y si Inglaterra aceptaba esos puntos de vista podría apropiárselos y ofrecerse como mediadora entre ambos beligerantes. El embajador cumplió su misión, pero nadie dudó de que el inspirador de las proposiciones era el propio Napoleón III. Lord Palmerston, sin embargo, formuló desde luego una objeción en términos los más perentorios: «Estas condiciones, dijo, disgustarán á las dos partes: los austriacos no cederán Venecia, que todavía ocupan, y los italianos esperan la completa libertad de su país y no creerán en ella mientras reine un archiduque en Venecia y en Módena.» El gobierno de la reina no se negaba á transmitir la proposición, pero sí á recomendarla y apoyarla; y el Sr. de Persigny, así desairado, apresuró á telegrafiar la respuesta á Valeggio.

El emperador, por lo general tardío en sus resoluciones, tenía á veces brusquedades que desconcertaban: desconfiado respecto de Prusia, comprendiendo que Rusia estaba muy lejos, y viéndose además mal apoyado por Inglaterra, díjose que para ir de Valeggio á Verona era inútil pasar por Londres, y que después de tantas victorias sería un acto de generosidad dar el primer paso. De aquí que naciera en él un propósito nuevo, prescindir de intermediario, con lo cual se iría más de prisa y se realizaría una doble economía, en primer lugar la de las gracias, y en segundo la de los gastos de comisión. No se le ocultaba que aquella negociación directa tenía algo de inusitada; pero por la misma extrañeza del desenlace había de seducirle, porque le gustaba no hacer nada como lo hacía todo el mundo, ni la guerra ni la paz.

El 6 de julio, á la misma hora en que los jefes de cuerpo preparaban para el día siguiente el gran aparato de fuerzas que hemos relatado, Napoleón llamó á

(6) Malmesbury, *Memoirs of an ex-minister*, tomo II, página 187.

(7) Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, pág. 131.

uno de sus edecanes, el general Fleury, y encargándole el secreto más absoluto, le ordenó que partiera inmediatamente para Verona con objeto de entregar un mensaje al emperador de Austria. Y después de decirle que el despacho de que era portador contenía una proposición de armisticio, añadió: «Insistid mucho; decid que deseo la paz, pero que si la lucha continúa mis buques van á romper las hostilidades contra Venecia.» Era ya de noche cuando el edecán imperial llegó á Verona, y habiendo pedido el monarca austriaco un plazo para contestar, repuso Fleury: «Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad, pero séame permitido decirle que la respuesta urge porque nuestra escuadra ha ocupado ya la isla de Lossini.» Francisco José prometió apresurar su decisión; y en efecto, á las ocho de la mañana siguiente, vió nuevamente al general y entregándole una carta para Napoleón, informóle en términos muy corteses de que aceptaba el armisticio. Fleury repasó las líneas austriacas, atravesó luego las filas del ejército francés, desplegado entonces en orden de batalla y en espera sólo de una señal para reproducir aquel día el gran esfuerzo de Solferino, y al mediodía llegó á Valeggio. Ya sabemos qué ocurrió después y cómo nuestras tropas, de regreso en sus acantonamientos después de una mañana de fatiga, se enteraron de que su servicio de guerra había, según todas las apariencias, terminado.

XI

La impresión que la noticia causó en el campamento francés fué de sorpresa; entre los sardos fué de decepción que al pronto se manifestó con poca violencia. Habiéndose trasladado Víctor Manuel á Valeggio, el emperador procuró tranquilizarle diciéndole que se trataba de una simple tregua; que las condiciones serían tan duras que era dudoso que Austria las aceptase; y que lo más urgente era aumentar el ejército y poner en pie de guerra por lo menos 100.000 italianos. Al día siguiente *El Monitor*, al anunciar la noticia, añadió un comentario más belicoso que pacífico: «La suspensión de armas, decía, si bien deja libre el campo para las negociaciones, no puede desde ahora hacer prever el final de la guerra.» Después de haberse puesto de acuerdo los delegados de los tres ejércitos beligerantes, fijóse el término del armisticio para el 15 de agosto. En Monzambano, residencia del cuartel general piamontés, se creía ó se fingía creer que no todo había concluido, y el rey reunió á sus generales y les repitió con gran seguridad lo que el emperador le había dicho. Lo mismo se decía en Turín, en donde se consideraba la paz poco probable y se afirmaba que el armisticio era puramente militar y que con él se había querido evitar el sitio de Verona durante los grandes calores. Así hablaba el director de la oficiosa *Opinione* (1).

Mientras los sardos, sea por cálculo, sea por ilusión, se dedicaban á conservar sus esperanzas, cruzábanse varios mensajes entre Valeggio y Verona, hasta que, llegadas las cosas á un punto conveniente, se dispuso una entrevista entre ambos emperadores que había de celebrarse el 11 de julio á las nueve de la mañana en la al-

(1) Véase *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour raccolte ed illustrate da Luigi Chiala*, tomo III, págs. CCXI, CCXII y 411 y 412.

dea de Villafranca. El emperador de los franceses, que salió de Valeggio, fué el primero en acudir á la cita y salió al encuentro de su joven rival, á quien recibió con atenciones que sentaban bien á un vencedor. Había en la carretera una casa llamada Guadini Morelli y en ella entraron los dos soberanos para celebrar su conferencia; lo propio habían hecho cincuenta años antes el primer Bonaparte y el emperador Alejandro, cuando se encontraron en la armadía de Tilsitt, y en este recuerdo no había nada que pudiera disgustar á Napoleón III, ávido de estos parangones y siempre en acecho de lo que podría impresionar la imaginación de los pueblos.

A la entrevista no asistió ningún testigo; las personas que formaban los séquitos de los soberanos esperaban en la carretera, impacientes por saber detalles, cruzando de vez en cuando algunas palabras en voz baja y grabando por lo menos en su memoria el escenario, ya que no les era dado presenciar la escena. Reuniendo los fragmentos de las confidencias hechas por los dos emperadores y recogidas por los contemporáneos, he aquí lo que se puede referir acerca de aquella famosa entrevista.

Napoleón III había explorado en los días anteriores las disposiciones del gobierno inglés y había sorprendido en los ministros británicos simpatías hacia los italianos que jamás habría él supuesto, á lo menos en tan alto grado, y aquella brusca evolución le proporcionaba un argumento demasiado natural para que no lo utilizara. La Gran Bretaña, tan entusiasta poco antes por la mediación, no se prestaría ya á ella ó sólo se prestaría en condiciones onerosísimas para el Austria, y Prusia seguiría probablemente el ejemplo de Inglaterra. En estas condiciones, ¿no sería seguramente Francia la potencia menos exigente? «Los dos demos tratar con honor, añadió cortésmente Napoleón, porque vuestras tropas y las mías se han batido con igual bravura;» y este lenguaje, aparte de que halagaba el amor propio de Francisco José, respondía á sus propósitos y sobre todo á sus rencores: substraerse á los buenos servicios de Prusia, á la dura benevolencia de Inglaterra y á la maligna compasión de Rusia, no haber de dar las gracias á nadie, no tener que pagar á nadie, ¡qué inesperada suerte en medio de tan adversa fortuna! Napoleón, que con su sencilla bondad raras veces dejaba de seducir á los que se le acercaban, acabó de conquistar á su rival evitando con gran delicadeza todo cuanto pudiera recordar sus recientes victorias; y á su vez sintióse atraído hacia el joven emperador tan á menudo puesto á prueba por el infortunio y siempre tan digno en sus desgracias. Preparada la inteligencia por aquellos sentimientos recíprocos, Napoleón presentó sus condiciones, ó mejor dicho, formuló sus deseos, absteniéndose de cuanto pudiera parecer *ultimátum* ó exigencia de vencedor: propuso la cesión de la Lombardia á Cerdeña, la creación de un reino de Venecia bajo el gobierno de un archiduque austriaco, y el establecimiento de una confederación italiana bajo la presidencia del papa; además se provocarían reformas en los Estados pontificios, y por último, un congreso arreglaría las cuestiones de detalle que no hubiesen sido previstas. La respuesta de Francisco José no pudo ser más franca y en ella se traslucía cierto altivo rencor contra el Piamonte: «He perdido la Lombardia, dijo; pero no se la daré á Cerdeña; todo lo que puedo hacer, aun cuando con ello sufra mi orgullo,

es cedérsela á Francia para que haga de ella lo que quiera. En cuanto á Venecia, todavía la ocupo y no he de abandonar lo que no ha sido conquistado; pero comprendo que son necesarios allí grandes cambios, que realizaré, y bajo mi cetro Venecia no sólo será feliz, sino que se sentirá satisfecha.» Respecto de los puntos secundarios, Francisco José apenas formuló algunas objeciones: no era hostil á una confederación italiana, ni se negaba á unirse con Francia para pedir reformas al Padre Santo; y únicamente exponía algunas dudas acerca de la urgencia de las reformas y acerca de los medios de llevarlas á cabo. Juzgaba oportuna y necesaria una amnistía general; en cambio la idea de un congreso despertó en él cierta repugnancia. Cuidadoso de la defensa de los Estados unidos á él por antiguos tratados de alianza, el soberano austriaco pidió el regreso de los príncipes italianos destituidos, lo cual se estipuló expresamente, á lo menos para el gran duque de Toscana y el duque de Módena. Una sola divergencia importante subsistía entre los dos monarcas, la relativa á Venecia; pero ¿podía Napoleón fijar la suerte de una provincia que no había conquistado, ni siquiera invadido? Por esto cedió en este punto y de este modo llegóse á un acuerdo. Entonces reaparecieron los dos emperadores en la puerta de la casa Morelli, y después de haberse presentado mutuamente los principales personajes de sus séquitos, diéronse las manos y partieron el uno hacia Verona y hacia Valeggio el otro.

Sin embargo, nada de lo convenido se había consignado por escrito, de manera que todo quedaba confiado á la buena fe y á la memoria de los monarcas. Por la tarde redactáronse los preliminares en el cuartel general de Valeggio y el príncipe Napoleón recibió el encargo de llevarlos á Verona, no siendo temerario creer que esta designación desagradó al emperador austriaco, porque el príncipe era yerno de Víctor Manuel y uno de los amigos más entusiastas de Italia. Esto explica que las condiciones fuesen discutidas una á una y con alguna más animación que por la mañana. Francisco José confirmó la cesión de la Lombardía, no al Piamonte, repitió, sino á Francia, exceptuando de ella Peschiera y Mantua, que no habían sido tomadas, ni siquiera sitiadas. El proyecto de Valeggio, al consagrar los derechos de los soberanos de Toscana y Módena, estipulaba que las restauraciones no podrían realizarse por medio de las armas; mas el emperador austriaco no aceptó esta reserva, diciendo: «Esto sería un llamamiento indirecto á la resistencia. Yo puedo, añadió, hacer sacrificios personales; pero ni puedo ni quiero abandonar á mis parientes ni á mis fieles aliados.» ¿Qué resolución se adoptaría respecto del ducado de Parma? El príncipe Napoleón habría deseado que fuese agregado al Piamonte, del que parecía ser natural complemento. La respuesta del monarca no se hizo esperar: «No puedo ceder Estados que no me pertenecen.» En vista de que no podían ponerse de acuerdo, se sorteó el compromiso recurriendo al silencio, resultando de ello una omisión que había de ser vivamente comentada. Cuando todo estuvo terminado, el emperador de Austria firmó los preliminares, no sin cierta emoción: «¡Príncipe, pedid al cielo que no os veáis nunca en la dura necesidad de ceder una de vuestras más hermosas provincias!» Muy pronto, algo más tranquilizados los ánimos, la conver-

sación se hizo más íntima, y Francisco José, después de haberse quejado de Prusia, añadió: «Prefiero ceder ante Napoleón que ante un congreso (1).» Eran las ocho de la noche; el príncipe se despidió de su huésped y á las diez estaba en Valeggio. El emperador salió á recibirle y, sin disimular su alegría, le dió las gracias y aun le besó. La paz estaba hecha.

XII

Es menos difícil llevar á buen término una gran guerra que prestar un servicio á medias. El favorecido, en vez de calcular lo que le han dado, se cree frustrado de todo lo que falta dar. Apenas firmados los preliminares, tuvimos que justificarnos, no ante los austriacos á quienes acabábamos de vencer, sino ante los italianos que habíamos hecho muy mal en no libertar de una vez.

El más irritado fué Cavour.

La suspensión de armas le sorprendió, pero sin concertarlo de pronto. Parecíale imposible que todo se arreglase sin él. Pronto supo la duración del armisticio, y la noticia le produjo una gran turbación; decididamente se trataba de una gran tregua que podía conducir á la paz. En la tarde del 9 de julio recibió una carta de La Mármora, carta que por lo vago de sus términos aumentó sus inquietudes. No pudiendo dominar su impaciencia, marchó al campamento. El 10, al amanecer, se encontraba en Desenzano. De allí un mal coche lo condujo hacia Monzambano, cuartel general de los sardos. El rey se encontraba en la villa Melchiori. El primer ministro se encerró con él. No se tuvo noticia de los detalles de la conferencia, pero se supo que Cavour había osado pedir á su soberano que se negase, dado caso, á una liberación incompleta, que hiciera un llamamiento á toda Italia y se abandonase á su destino. Más tarde, aquel mismo día, el hombre de Estado sardo vió al príncipe Napoleón, pero no al emperador, que se hizo invisible, pues temía los reproches y sobre todo los lazos de Cavour.

Por la noche, á su regreso de Valeggio, el rey dijo á sus ayudantes: «Mañana tendrá efecto la entrevista de los dos emperadores y sabremos á qué atenernos sobre la paz ó la guerra.» Imagínense las emociones de Cavour durante aquel día 11 de julio. Por la tarde trató de ver al príncipe Napoleón; pero éste había marchado á Verona. El emperador persistía en substraerse. Muy entrada la noche se conoció el texto de los preliminares. Sobre la actitud de Cavour en aquella hora decisiva circularon por Italia toda clase de versiones, mezcladas sin duda con exageraciones ó inexactitudes. Se dijo que después de haber empezado á leer el tratado, lo arrojó con violencia sobre la mesa, sin poder concluir su lectura, y presentó la dimisión. El 12 partió para Desenzano y al día siguiente estaba de regreso en Turín, manifestando en todas partes sus quejas y clamando contra lo que él llamaba y se llamó de conformidad con él la gran traición del emperador. Decía que no sólo no era ya presidente del consejo, sino que se haría conspirador antes que contribuir al negocio que acababa de consumarse.

(1) Véase Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, páginas 148-154.

Víctor Manuel fué más dueño de sí mismo que su ministro. A la primera noticia del pacto de Villafranca no pudo reprimir un movimiento de sublevación, y también habló de separar su suerte de la suerte del emperador. Como aquellas quejas no impresionaban á Napoleón, el rey recobró pronto su sangre fría. «¡Pobre Italia!» murmuró. Y después de una pausa añadió con dignidad: «Sea cual fuere la decisión de Vuestra Majestad, quedará siempre vivamente agradecido á lo

que no estaba lejos el día en que había de agrupar todos estos pueblos bajo su cetro. Entonces volvería á contar con su gran ministro. Los italianos habían adivinado esta política y ya decían de Cavour: «Se va, pero lleva una contraseña en el bolsillo.»

Mientras esto ocurría en Valeggio, la noticia del tratado cundía por toda Europa. Una guerra que concluye sin conferencia ni protocolo es como una enfermedad que se cura sin médico. Los mismos diplomáticos que



Entrevista de los dos emperadores en Villafranca

que habéis hecho por la independencia de mi país, y creed que en todas circunstancias podéis contar con mi fidelidad.» Este príncipe, ordinariamente tan brusco, tan entregado á los placeres y tan rebelde á toda sujeción, mostróse en aquella coyuntura más astuto y ladino que el campesino piamontés más taimado. Obligado á aceptar los hechos consumados, cuidó en seguida de estipular en provecho propio lo que él llamaba *la libertad de operar*. Con tal objeto manifestó al emperador, por conducto del general La Mármora, que firmaría los preliminares de paz, pero pedía que se los dejasen firmar con esta reserva: *Apruebo por lo que me concierne*. Napoleón recibió al general con grandes atenciones, y contento de salir del paso á costa de tan poco, autorizó plenamente la restricción solicitada por el rey (1). Víctor Manuel firmó, pues, las estipulaciones que ponían término á la guerra, pero añadió: *Per quanto mi regardano*. Esto quería decir que, respetuoso de los tratados, reservaba los derechos de los modenenses, de los toscanos, de los parmesanos y de los romañoles. Los reservaba, en efecto, y los reservaba de tal modo

(1) Bianchi, *Storia documentata*, págs. 159-160.

habían escatimado su concurso quedaron asombrados y hasta resentidos de que se hubiese prescindido de ellos. Prusia, indecisa durante toda la guerra, se defendía de mal humor contra los reproches del Austria, que censuraba su tibieza, y contra los de Francia, que acusaba sus supuestos proyectos de intervención. Rusia afectó mostrarse indiferente. De todas las potencias, la más sorprendida fué Inglaterra. Esta sólo había satisfecho medianamente á Francia y había ofendido á Austria de un modo cruel con sus simpatías por Italia. Poco tiempo después, el Sr. de Rechberg, que había reemplazado al conde Buol, lo proclamó en voz muy alta. El único consuelo que á Inglaterra le quedaba era el de la crítica. El jefe del *Foreign Office*, lord John Russell, era maestro en el arte. Desmenuzó el tratado y puso de manifiesto, con jovial é implacable malevolencia, todas las causas que le harían caducar en breve. No era sólo despecho; era además pérdida habilidad. ¡Qué revancha para los ministros británicos si, á fuerza de señalar las deficiencias de la obra de Villafranca, se granjeaban exclusivamente la gratitud italiana! ¡Qué gran golpe si por medio de mítins, artículos de periódico y discursos en la Cámara de los Comunes obtenían lo que ya no